

## ENTRE EL ESTUDIO Y EL TRABAJO: SITUACIÓN Y BÚSQUEDA DE LOS ESTUDIANTES

Nunca escribir un libro será una tarea menor; más aún cuando trata asuntos que atañen a la sociedad, en lo general, y en lo particular a la relevancia de la educación en la misma, ello eleva el grado de dificultad para su escritura y su comprensión. Por añadidura, cuando la obra esté bajo diseño y control científicos, la hace un espécimen raro en el mundo bibliófilo, que de por sí es escaso en México y América Latina. Bajo las anteriores características puede encajar el libro de Carlota Guzmán López que, bajo el título *Entre el estudio y el trabajo. La situación y las búsquedas de los estudiantes de la UNAM que trabajan*, da cuenta de parte sustancial de su tesis de doctorado.

Congruente con lo expuesto arriba, puede calificarse a esta obra como muy relevante para la educación superior mexicana. Hablar del sentido que le otorgan los estudiantes universitarios al trabajo es referirse a una de las grandes preocupaciones sociales: ¿Qué significa el que los jóvenes mexicanos con oportunidad de asistir a la más grande —en todos los sentidos— universidad del país, tomen un criterio en cuanto a su papel fuera de la institución? Sin que la autora lo exprese explícitamente, mi percepción es que su mayor preocupación o, para decirlo en términos académicos, su problema de investigación apunta en esa dirección.

El cuestionamiento expuesto aparece con diversos grados de intensidad, pero siempre surge, en las familias mexicanas en relación al sentido que le dará a su vida el joven estudiante universitario: y ese darle sentido a la vida está íntimamente relacionado con el desempeño en el trabajo. Sondar entre los propios estudiantes dicho sentido tendría que haber sido un punto de interés científico desde hace mucho tiempo. Pero como Carlota Guzmán refiere, a excepción de algunos trabajos publicados, parece ser que ella con este trabajo y otro publicado anteriormente, inaugura esta línea de investigación con la rigurosidad y metodología apropiadas.

Sin embargo, bajo un minucioso análisis de la obra es posible detectar algunas ambigüedades o contradicciones que resultan, para lectores y la autora, importantes de resaltar, precisar y clarificar puntos de vista y, con ello, enriquece el planteamiento contenido en el libro. Apegado a ese afán señalaré algunas inconsistencias que, a mi juicio aparecen como posibles fuentes de confusión. Así, por ejemplo, en la página 20 del libro, Carlota Guzmán dice que para su investigación partió “de un concepto amplio del trabajo estudiantil que da cabida a las diferentes

SERGIO R.  
TORRES OCHOA\*

Guzmán Gómez, Carlota (2004). *Entre el estudio y el trabajo. La situación y las búsquedas de los estudiantes de la UNAM que trabajan*, Cuernavaca, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 337 pp.  
\* Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

modalidades de trabajo, sea éste asalariado, por comisión, beca o sin pago, así como si se realiza de tiempo completo, medio tiempo, por horas, de manera permanente u ocasional". Desde el punto de vista científico y partiendo del hecho de que es un trabajo pionero en el campo y que puede considerársele como una aproximación al problema, resulta justificado definir el contexto del objeto de estudio como algo muy amplio. Aun así, esta amplitud deja tan amorfo el contexto que, como se ve más adelante en los resultados de la investigación, expresa al final una gama tan variada de opciones que es difícil representar, al menos a mí como lector, puntos de referencia concretos que expresen criterios estables de aquellos estudiantes de la universidad que conocemos. Por si ello fuera poco, esta amplia gama también deja la sensación de que, prácticamente, casi cualquier estudiante universitario podría ser considerado para el estudio, es decir, un estudiante que trabaja. Lo anterior incluso reconociendo que la autora recalca el hecho de que la metodología es de orden cualitativo y, por tanto, alejada de la ortodoxia científica de resultados objetivos, reproducibles y recurrentes. Más bien aclara, y muy bien, que sus categorizaciones son flexibles, cambiantes y amorfas. Sin embargo, demasiado amorfismo contraviene al sentido práctico que un lector pueda exigir de un libro para encontrar significado, en este caso, al sentido de aquellos estudiantes universitarios que trabajan.

Es importante señalar una contradicción socioeconómica que no está suficientemente trabajada en el texto. En las páginas 113 a 114, fundamentalmente, se hace alusión, con las debidas citas bibliográficas, a la acentuada crisis económica del país y el consecuente declive en el trabajo asalariado. En la página 119, también con las fuentes precisas, se señala el cambio observado a lo largo de tres lustros (1985-1997) en las características socioeconómicas de las familias de los estudiantes de la UNAM. Los autores consultados refieren que persisten los sectores medios urbanos, pero es evidente un cambio cuantitativo en el nivel educativo de los padres de los estudiantes: mientras en 1985, 52.8% de los padres cursaron hasta nivel primaria, 18.5% llegaron al nivel profesional y que 17.1% de los estudiantes sostenían sus estudios; en 1997, 24.8% de los padres tenía el nivel de primaria, 26.3% el nivel profesional y sólo el 8.2% sostenía sus estudios. Se puede concluir, como lo hace Carlota Guzmán, que hay evidente elitización de los estudiantes universitarios; cada vez la selección para ingresar, en términos sociales, es más rigurosa y poco menos permeable a sectores de escasos recursos económicos que, por antonomasia, son aquellos que se corresponden con los trabajadores. La contradicción consiste en que en la actualidad (o al menos para 1997 de cuando son las cifras citadas), hablar de estudiantes que trabajan en la universidad es hablar de grupos y sectores privilegiados de la sociedad, lo cual es un indicador preciso para el acercamiento al problema planteado por la autora y no

está trabajado suficientemente en el libro. Es decir, es imaginable que el factor necesidad para trabajar, en los estudiantes de la UNAM, no encuentre suficiente peso a la luz de la crisis económica crónica y en franca agudización de la cual el país no logra salir. Es precisamente lo que se observa en el análisis de los resultados de la investigación. Es, por tanto, una inconsistencia metodológica que amerita un re-tratamiento por parte de Carlota Guzmán.

En cuanto a la descripción de los estudiantes de la muestra que la autora utilizó para su estudio, expone porcentajes sobre el origen familiar y características personales de estos estudiantes. Puesto que la muestra se compone de 40 estudiantes de cuatro carreras (10 de Odontología; 13 de Economía, 9 de Física y 8 de Historia), una distribución porcentual para explicar características preponderantes no es significativa. Así, por ejemplo, dice: “Sólo 17.8% de los padres de los estudiantes de cirugía dental y 17.5% de los de física estudiaron hasta la primaria”; dados los valores absolutos de la muestra, las proporciones no muestran ningún significado para la investigación, o sea que no puede concluirse que una quinta parte de los padres de estudiantes de estas carreras cumplen con ese requisito.

En la página 158, la autora refiere que los estudiantes de cirugía dental cuentan con nivel socioeconómico superior; nivel educativo más alto; provienen de bachilleratos privados y cuentan con el sostén de la familia. Por el contrario, los de Historia y Economía cuentan con historial socioeconómico menor; nivel educativo de los padres menor y pocos provenientes de bachillerato privado. Estas afirmaciones son riesgosas pues el lector tiende inevitablemente a deducir y generalizar, a partir de la muestra, hacia las tendencias del universo (las carreras referidas). Se retoma aquí lo expresado líneas arriba sobre la no significancia estadística considerando los números absolutos de la muestra. Es decir, es inútil, estadísticamente hablando, definir a las submuestras bajo esas consideraciones de mayor o menor pertenencia a una categoría social, dada su relevancia para incidir en la interpretación de los resultados obtenidos posteriormente a las entrevistas realizadas.

En cuanto a la muestra completa, líneas abajo, en la misma página, aparecen datos estadísticos que, estos sí, inciden significativamente en la interpretación posterior de resultados, pues describe a la muestra completa: 60% de la población trabaja como asalariada y en instituciones privadas, para citar un ejemplo. Es decir, en general, hay un manejo de la estadística descriptiva un poco desordenado, lo cual, aunque metodológicamente fue producto de la instrumentación operativa de la investigación, a la hora de transcribir habrá que pensar en las interpretaciones y extrapolaciones que hace el lector. Carlota Guzmán aclara que el eje central del estudio es de orden cualitativo —o más concretamente, microsocioal— de ahí que las interpretaciones estadísticas son mero formalismo complementario, como en la página

aquí comentada. Debo insistir, sin embargo, que la autora deberá prever la predisposición del lector a percibir y discriminar continuamente lo superficial de lo profundo. En este punto, la autora nos sobrestima y a veces nos deja en enredos interpretativos que, al fin de cuentas, los podemos tomar como ejercicios intelectuales de interés cognitivo.

En el análisis categorial realizado por Carlota Guzmán podemos señalar aspectos interesantes, algunos de los cuales requerirían de un tratamiento mayor. A partir de lo develado en los estudiantes de la muestra, la autora categoriza el sentido del trabajo (p. 162) en: a) necesidad; b) aprendizaje y experiencia profesional y c) motivos personales. Esta última categoría provoca un ruido interpretativo, pues es sumamente difícil para los legos discriminar un motivo personal de una necesidad o de la misma experiencia profesional. La autora intenta explicitar la tercera categoría al subcategorizarla en: obtención de ingresos para gastos personales, búsqueda de independencia, salida al hastío, compromiso familiar, pero queda la sensación que es aplicable aquí la salida cómoda de “otros”, lo cual evidentemente complica las conclusiones a las que logra llegar al final del estudio.

En la misma página y la siguiente (163) aparecen dos esquemas representativos de la estructura conceptual que respalda la categorización anterior. O sea, el sentido del trabajo orientado a partir de lo expresado en la entrevista por los sujetos de la muestra. En un primer esquema (No 3.1), se supedita al *sentido del trabajo*, en primer lugar, a motivaciones centrales del trabajo y, en segundo lugar, a maneras de vivir el trabajo. A partir de la subjetividad explícita de la metodología es incuestionable esta jerarquía de valores. Sin embargo, cuando observamos que las motivaciones centrales refieren a: condiciones personales; aportes del trabajo y motivos secundarios, queda la sensación de insuficiencia, claro, recordando también que es la interpretación del autor sobre la interpretación del investigador y, redundantemente, pero cierto, a partir de la interpretación de los entrevistados. No deja de asaltar la duda, de todos modos, de que es insuficiente la categorización esquemática para explicar el sentido del trabajo. Puede ser que la interpretación última entra en contradicción con el supuesto de que el sentido del trabajo se origina en la opinión de los entrevistados. En la página 161 la autora reconoce que los motivos (el central y los secundarios) son múltiples y cambiantes, y pueden analizarse desde diversas perspectivas. Decide, entonces, localizar el motivo central y ordenar los otros (secundarios) a partir de éste, en cada uno de los entrevistados. La ambigüedad detectada puede radicar, en que la investigación se centra en este presupuesto teórico, lo cual, de alguna manera, contraviene lo dispuesto metodológicamente. Así pues, las motivaciones centrales quedan en manos del investigador (la teoría) y se pierde el componente empírico inductivo –lo cual es el planteamiento primordial de lo microsocio/cualitativo. Esto no necesariamente pervierte el proceso científico en cuestión,

pero sí merecería una profundización teórica y el reconocimiento de que, metodológicamente, la flexibilidad y la aceptación explícita de la heterodoxia científica implica también, a veces, la recuperación de procedimientos un poco más ortodoxos, sin que por ello traicionemos nuestros principios no deterministas y de rigurosidad estática de la ciencia positiva. En síntesis, este reconocimiento posiblemente explicaría de mejor manera el esquema aludido. El lector, a estas alturas, estará bajo la intriga de conocer y revisar dicho esquema. Si es así, el motivo de esta reseña ha logrado uno de sus objetivos; que el lector acuda a la obra original.

El segundo esquema (No 3.2 de la página 163) deriva del anterior y es allí donde se supedita al sentido del trabajo las tres categorías antes mencionadas: necesidad, aprendizaje y experiencia profesional y motivos personales.

Propiamente en los resultados, que son el producto del análisis e interpretación de cada una de las 40 entrevistas, la autora tiene el cuidado de identificar a cada uno de ellos por su nombre de pila; esto no es precisamente una ortodoxia científica. Sin embargo, Carlota Gómez tiene el tino de acercarse a su planteamiento humanista, y sin contradicción, su versión analítica y nos presenta con autorizado respeto a cada uno de los sujetos de su investigación con su nombre. Me parece un aporte metodológico digno de tomarse en cuenta en procesos científicos cualitativos, especialmente a la hora de las publicaciones necesarias.

El sentido coloquial que le da a las interpretaciones de los aportes de sus entrevistados puede considerarse también como un acierto. En no pocos casos respeta la versión literal de lo dicho y solamente ajusta el lenguaje gramaticalmente para hacerlo inteligible. Es seguramente también un aporte para investigadores sociales que transitan en los extremos de interpretaciones sesgadas –literalmente, traducciones académicas– o, por el contrario, el desparpajo de la transcripción literal sin respeto por las normas elementales del idioma, lo cual se constituye en un fastidio para la lectura en un texto diseñado para ser leído más allá de la academia.

Pero también han de señalarse desaciertos en dicha interpretación. Utilizaré el ejemplo de Darío, identificado como estudiante de Odontología y que se desempeñaba, en el momento de la entrevista, como técnico dental. Carlota Gómez nos refiere que: “Él eligió la Odontología por azar, pero esta decisión lo llevó justamente a seguir el camino de su padre que él rechazaba, ya que él cuenta que su padre tenía un laboratorio dental al que nunca quiso acercarse” (p. 166). Se insiste en que Darío no quería ser dentista, tomó la carrera al azar a última hora. Por estas circunstancias, la autora categoriza a Darío dentro de “El trabajo como necesidad” y dentro de la subcategoría “El trabajo como sustento económico”. No se detiene en el análisis de la historia familiar de un

padre relacionado con la Odontología (lo cual, si no excluye, al menos requiere profundidad de análisis la referencia de “tomar la carrera al azar a última hora”); y por si esto fuera poco, el oficio del padre es precisamente el que toma Darío: técnico de laboratorio dental, lo cual no puede ser considerado tampoco como azaroso. Este análisis deja serias dudas sobre si la ubicación categorial y subcategorial de Darío es pertinente: por lo menos hizo falta un análisis psicológico de mayor detenimiento en la interpretación del discurso o, si se quiere, más coloquialmente, un análisis malicioso.

Al utilizar el ejemplo de Darío, y para no abundar con precisiones específicas en cada uno de los casos, me refiero a la duda permanente que queda en el lector sobre si las categorizaciones y subcategorizaciones son las más apropiadas. Carlota Guzmán metódicamente nos aclara en varios párrafos, que está consciente de la subjetividad del discurso, de que una entrevista en tiempo y espacio siempre será diferente al modificar estos parámetros. De esa forma lo importante es el discurso y no la estabilidad del mismo en el tiempo. La autora nos recuerda que es precisamente una de las principales características de la etnografía, cuya base metodológica cualitativa es el sustento de esta investigación. Aun así, dentro de ese indeterminismo discursivo, dentro de esta flexibilidad categorial, no permanente, cambiante, pero no por ello menos rigurosa, cabe la suspicacia del equívoco. Seguramente la misma Carlota Guzmán, a estas alturas, coincidirá con estas líneas, pero aun así es necesario precisarlas, señalarlas, como una debilidad intrínseca de los procesos cualitativos de interpretación.

Es necesario hacer hincapié de la meticulosidad conceptual y metodológica presentada en la obra. Es incuestionable la formación de alto nivel que expresa Carlota Guzmán en su libro. La pertinencia de las citas, la selección de sus fuentes, la congruencia de su discurso con respecto al problema investigado. En síntesis, puede catalogarse al texto, sin equívoco, como de orden científico. Incluso una obra pedagógica, como ella misma lo anota, para quienes incursionan en la metodología social cualitativa, lo cual es un acierto de su parte y puede ser constatado en la lectura.

Así, también sólo para citar unos ejemplos: “En cuanto a la integración a la vida universitaria, se encuentran pautas distintas de comportamiento de los estudiantes, en relación con los estudios, con las aspiraciones educativas, el futuro profesional y la participación política, de acuerdo a la rama disciplinaria a la que se encuentran adscritos”. A mi juicio, no hay mejor concepción comportamental del estudiante universitario como la que aquí nos refiere Carlota Guzmán, pertinentemente ella cita a Baudelot *et al* (1981, *Les étudiants, l'emploi, la crise*) (p.65).

Acertadamente la autora nos ubica al estudiante universitario en la categoría de “un oficio que tiene que aprenderse”, citando a Alain Coulon (1997, *Le métier d'étudiant. L'entrée dans la vie universitaire*). O lo

que dice Felouzis (2001, *La condition étudiante. Sociologie des étudiants et de l'université*): “La condición estudiantil no es estática; implica una acción sobre sí mismo y sobre el mundo, la cual se ejerce en un marco donde domina la incertidumbre, la duda y la indeterminación” (p. 69), dicho que no puede catalogarse sino como un acierto.

Por último, ha de reconocerse en esta crítica del texto el ya mencionado rigor y la profundidad del análisis observada. La autora es exhaustiva en su estudio, característica que habla bien de un producto de investigación. Además de la categorización arriba señalada, la autora nos introduce en el análisis con respecto al sentido del trabajo y la experiencia estudiantil (o, como ella señala, el sentido del trabajo y el proceso de subjetivación) (Cap. Cuatro). La extensa lista de puntos de análisis da cuenta de la señalada exhaustividad de la autora en su trabajo, lo cual está en consonancia con la calidad de la información presentada en el libro y viene a ser un valioso ejemplo del nivel que ha alcanzado la investigación sociológica y educativa en México. Dicho esto no resta sino reiterar que la lectura de este libro resulta ser de interés para los estudiosos de estas ciencias, los universitarios y todo aquel interesado en el estudio del sentido de lo académico en el ámbito laboral.